

íntimo y procedente de una actitud ingenua de su infancia pierde así gratuitamente su carácter. Recuérdese además que el texto fue dirigido al obispo de Puebla y no al público, y que quedó inédito y sólo apareció en la *Fama pósthuma* en 1700.

En conjunto, se trata de una publicación importante sobre la figura máxima de las letras virreinales y juzgo un acierto de Luis Cortest el haber realizado el coloquio y publicado este volumen.

JOSÉ ANADÓN  
University of Notre Dame

AURORA EGIDO, *Silva de Andalucía. (Estudios sobre poesía barroca)*. Servicio de Publicaciones, Diputación Provincial, D.L., Málaga, 1990; 204 pp. (*Biblioteca popular malagueña*, 48).

Como en su reciente *Fronteras de la poesía en el Barroco*, Aurora Egido reúne en un volumen estudios dispersos en publicaciones no siempre fáciles de encontrar en bibliotecas españolas y extranjeras. Esta nueva colección recoge cuatro estudios de poesía barroca andaluza que, leídos en la estrecha unidad que el libro les otorga, adquieren una nueva coherencia y el interés de una contextualización que en las publicaciones aisladas resultaba más difícil de captar.

En efecto, “La silva en la poesía andaluza del Barroco”, publicado en 1989 funciona en el volumen como prólogo iluminador de los tres trabajos que siguen sobre la poesía de Pedro Soto de Rojas. El primero, de 1984, estudia aspectos del tercer libro del poeta granadino: *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos* (1652) del que Egido ha publicado una edición ejemplar (Cátedra, 1982). Los dos siguientes, de 1984 y 1985, se ocupan del *Desengaño de amor en rimas* (1623).

Todos ellos comparten una similar riqueza de información y un rigor metodológico que se apoya en la mejor tradición de los estudios de historia literaria. Así, en el primero, el análisis del proceso de introducción de la *silva* y de su trayectoria poética hasta Góngora, permite la exploración de este género poético desde Estacio y Poliziano hasta los primeros brotes neolatinos en España y su paso a Andalucía. Estacio hace posible un excursus sobre fray Luis que aclara con nuevo sentido no sólo los tópicos del prólogo sino todo su conjunto poético (pp. 15-23), que será tenido en cuenta como modelo por los poetas barrocos andaluces. La exploración de sus conexiones con el madrigal, la canción petrarquesca, la epístola horaciana y aun la prosa de la novela pastoril permite establecer relaciones entre géneros y estilos que dan una perspectiva más unitaria a la literatura áurea. En este sentido, Egido pasa revista a los ejemplos que aparecen en buen número de autores desde Pedro Espinosa, J. de Jáuregui, a los de la *Segunda Parte de*

*poetas ilustres* de 1611: Agustín Calderón y Francisco de Calatayud, que continúan la línea iniciada por el grupo antequerano-granadino y se prolongará en Juan de Arguijo y Francisco de Rioja. El interés por las estaciones del año, frecuente en las silvas, le lleva a explorar un motivo que culminará en Góngora. El examen de las relaciones con la pintura y la crónica historial, con el ejercicio laudatorio y los epitalamios o la práctica de la silva burlesca o la de corte épico, hacen posible, desde el punto de vista del uso y variación de la silva métrica, el asedio a textos de autores tan diversos como, además de los ya mencionados, Trillo y Figueroa, Rodrigo Caro y los de la *Poética silva* antequerana (A. de Tejeda, Arjona, Gregorio Morillo, J. Montero).

Pero como para la autora Soto de Rojas representa el culmen de “los mejores logros de la silva métrica” (p. 65), este excelente ensayo no sólo puede leerse como una introducción a la lectura de las *Soledades* de Góngora, sino también como el marco más adecuado para los tres trabajos sobre el poeta granadino que siguen.

El primero, profundiza aspectos esquematizados en el prólogo a la edición ya señalada. Ellos incluyen el estudio de la relación del *Paraiso*... y los jardines, que termina por ser, en verdad, la identificación del poema con el jardín y, finalmente, con el paraíso del título y el propio jardín real del poeta. También quedan establecidos el carácter de las deudas con Góngora y la defensa de un estilo lleno de dificultades, que exige la activa colaboración del lector competente, como el mismo título del poemario advierte. Las relaciones con el modernismo (Valle Inclán y Jiménez) y con la Generación del 27 hasta Lezama Lima (p. 104) o Bianciotti (p. 108). La obra literaria como reflejo imperfecto de la perfección del universo y, por ello, el poeta como testigo de lo inefable y de la perfección imposible.

De los dos estudios dedicados al *Desengaño*..., el primero había aparecido en el tomo editado por la Universidad de Granada, 1984, *Al ave el vuelo. Estudios sobre la obra de Soto de Rojas* y sale aquí con adiciones bibliográficas en la nota final. Egido estudia en él, la función del tópico de la enfermedad amorosa en el *Desengaño*... y su cura a través del desengaño y del encuentro con “el verdadero médico”; el rastreo del tópico desde la antigüedad establece las necesarias relaciones con una rica y compleja tradición y los elementos que van añadiendo la poesía de cancionero del xv, la novela sentimental, los tratados filográficos que se hallan en la base de los cambios que dan especial carácter al desarrollo barroco del tópico.

“La iconografía amorosa del *Desengaño*”, publicado originalmente en Granada, 1985, en el volumen de homenaje al profesor Andrés Soria Ortega, estudia las relaciones entre poesía y pintura y poesía y emblemática, desde la perspectiva de la poesía de Soto de Rojas en la que “es el lenguaje el que transforma las viejas imágenes y es la forma de cancionero la que les da sentido dialéctico” (p. 170). Como en otros

trabajos suyos, tales como “La página y el lienzo: sobre las relaciones entre pintura y poesía en el Barroco” (Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, Zaragoza, 1989) o “Emblemática y literatura en el Siglo de Oro” (*Ephialte*, 2, 1990) un aparato erudito de infrecuente amplitud y claro sentido se pone al servicio de una lectura enriquecedora, particularmente en el estudio de la iconografía de Cupido o del ave fénix (pp. 158-169).

A estos estudios, añade la autora la transcripción de un *vejamen* de 1598 en la Universidad de Granada, precedido de un excelente prólogo, que complementa su estudio y análisis del volumen de ocho vejámenes sueltos en prosa y verso de la Universidad de Granada que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid: “Floresta de vejámenes universitarios granadinos (Siglos xvii-xviii)” aparecido en *BHi*, 92 (1990), 309-332. Egido ya había publicado sobre este género instalado “en la serie literaria de la tradición risible que asienta sus raíces en el folklore” (*ibid.*, p. 311) otro estudio sobre vejámenes o gallos en Salamanca (*El Crotalón*, 1, 1984, 609-648); a estos habría que agregar el que trata festejos universitarios en Zaragoza publicado en *Cinco estudios humanísticos*, Zaragoza, 1983. En el volumen que nos ocupa, este ensayo que cierra el conjunto, sirve como contrapartida a los trabajos anteriores, que se ocupan de la otra cara del conceptismo. Esta muestra de expresiones efímeras permite completar el diseño de la poesía barroca andaluza que, desde la perspectiva de un autor y un género, el volumen se propone. Estamos, pues, ante una nueva prueba de la capacidad crítica de Aurora Egido, que confirma con creces su magisterio ejemplar entre los estudiosos de la literatura áurea.

ISAÍAS LERNER

City University of New York

MARGARITA PEÑA, *Historia de la literatura mexicana: periodo colonial*. Alhambra Mexicana, México, 1989; 142 pp.

Con poco más de cien páginas, la *Historia de la literatura mexicana: periodo colonial* de Margarita Peña es pequeña, pero aporta una novedad grande a la crítica contemporánea: su lectura desenfadadamente política del viejo canon descubre, como sería de esperar, una literatura oculta en la historia, y un número insólito de figuras femeninas.

A primera vista, su obra no parece ser tan novedosa. Ofrece un sistema tradicional de periodización (división en tres partes que corresponden a los siglos xvi, xvii y xviii de la Colonia) que la colocaría entre las clásicas historias de literatura mexicana, como la que González